



VIAJES

El turismo rural en Castilla-La Mancha, una experiencia incipiente

Pilar Alonso/Alberto Gil

A diferencia de otras Comunidades Autónomas, en particular el País Vasco, Navarra, Cataluña y Asturias, en Castilla-La Mancha, el turismo rural está muy lejos de haber alcanzado el punto de madurez y en algunas regiones, no pasa de un mero esbozo de lo que podría ser el aprovechamiento equilibrado del patrimonio natural y de las culturas rurales en trance de desaparición.

La tendencia creciente de los españoles a buscar el ambiente rústico de un alojamiento en un pueblo, tomar contacto con los sabores de la tierra y, en definitiva, recuperar el interés por lo cercano, exige también un considerable esfuerzo de imaginación de los responsables turísticos para dar a conocer las singularidades de comarcas que hasta la fecha han sido «perfectas desconocidas» y no han tenido cabida en los dictados de las grandes agencias de viajes. Sin embargo, hoy por hoy, lo que caracteriza el turismo rural castellano-manchego es la debilidad de la apuesta por parte de las instituciones, que todavía no ha regulado este tipo de turismo (es una de las pocas comunidades que carecen de legislación sobre la materia) y que aún no se han dotado de infraestructuras para atender su demanda.

Las consecuencias de esta situación son bastante evidentes. Por una parte, la oferta de turismo rural está excesivamente atomizada, repartiéndose en pequeñas zonas de territorio y con una distribución muy desigual entre las distintas provincias. Por otra parte, la iniciativa de promover redes de alojamientos, actividades, etcétera, queda exclusivamente en manos de asociaciones de propietarios o pequeñas empresas de servicios, con criterios a menudo erráticos y sujetas a la disponibilidad de ayudas (de los fondos Leader de la Comunidad Europea o de apoyos por parte de la Administración), que a menudo no acaban de llegar.

Cuenca y Guadalajara, la avanzadilla

En este contexto es donde van surgiendo, no obstante, algunas experiencias que merece la pena destacar, sobre todo en las dos provincias punteras en la Comunidad: Cuenca y Guadalajara. En la primera de ellas hay dos zonas que han ido cobrando cierta entidad, la Sierra y la Alcarria conquense, con redes de alojamientos en los que prevalecen modestas casas de pueblo. La comarca de la Sierra, organizada en una asociación, y con implantación



La Casona, Tartanedo (Guadalajara).



El Fortín, Jorquera (Albacete).

en pueblos como Alcantud, Beteta, Cañizares o Las Majadas, cuenta en el indudable «tirón» de algunos parajes naturales de gran belleza: la Hoz de Beteta, los Baños de Alcantud, el nacimiento del río Cuervo o la Ciudad Encantada. La Alcarria, por su parte, tiene su centro de operaciones en el pueblo de Huete, con algunas casas especialmente cuidadas en esta misma localidad, y muchas otras en pequeños pueblos del entorno: Caraceniella, Torralba, Cañavarelas, Albalate de las Nogueras... En algunos casos se trata de casas compartidas con los propietarios, pero la mayoría son viviendas autónomas, fórmula que no facilita excesivamente el acercamiento de los huéspedes al medio rural y que ha sido desechada en otras Comunidades Autónomas.

En la provincia de Guadalajara, la comarca que ha alcanzado mayor desarrollo en la materia es Molina de Aragón-Alto Tajo, donde la mayor parte de los alojamientos son compartidos y destaca muy especialmente la llamada Casona de Tartanedo, un excelente ejemplo de rehabilitación de un edificio histórico, acometido por un particular y emplazado en una localidad mínima en el entorno de Molina.

Una experiencia singular

Desde el punto de vista de la calidad, una de las iniciativas más interesantes que se están llevando a cabo en Castilla-La Mancha está teniendo lugar en la provincia de Ciudad

Real, más concretamente en el Campo de Calatrava, donde ha surgido una pequeña red (apenas media docena de alojamientos), que han apostado por las características del turismo rural en estado puro: arquitectura cuidada y de tipo tradicional, decoración rústica, gastronomía local y una esmerada atención a los huéspedes. La Almazara, en Cañada de Calatrava, Cerramolino y El Retazo, en Calzada de Calatrava, o el Palacio de la Serna, en Ballesteros, merecen un lugar destacado en cualquier aproximación que se haga al ámbito del turismo en la región. Entre todo ellos, el Palacio de la Serna es, además, un ejemplo de valentía empresarial y rehabilitación de un edificio histórico del siglo XVIII.

Por último, otra experiencia de interés es la que se está acometiendo en la comarca de La Manchuela, de Albacete, marcada por las confluencias de los ríos Júcar y Cabriel, donde se puede disfrutar de un alojamiento horadado en la misma pared de una hoz. La principal virtud de la promoción del turismo rural que lleva a cabo el Centro de Desarrollo Rural en esta comarca es la buena labor informativa, que ha sabido integrar aspectos de naturaleza, tradiciones, alojamientos y servicios. También en Albacete hay que destacar una iniciativa, en este caso municipal, emprendida por el ayuntamiento de Letur, que ha creado su pequeña oferta de alojamientos en el interior del conjunto histórico, demostrando que en la gestión de este turismo pueden tener un papel fundamental las administraciones locales. ■